

TRIÁLOGO SOBRE LA PAZ: CONSUMO, RESPONSABILIDAD, GLOBALIZACIÓN

Triologue on peace: consumption, responsibility, globalization

JUAN JIMÉNEZ GÓMEZ

Recibido: 30/01/23
Aceptado: 31/10/23

Resumen

En este artículo se realiza una aproximación teórica a la paz a partir de tres conceptos: consumo, responsabilidad y globalización. Con el primero se intenta poner de relieve cómo la oferta puede influir en la construcción social de la realidad, y cómo el consumo de masas parece dar vida a un proceso de homologación pero en realidad produce nuevas formas de diferenciación y jerarquía. Con el segundo, se pretende distinguir que los individuos son cada vez más conscientes de la falta de neutralidad de sus actos de consumo respecto a los procesos de producción y distribución, y por tanto, del vínculo con los desequilibrios políticos y económicos mundiales, así como con el deterioro ecológico y social. Con el tercero, se intenta señalar que con el proceso de globalización neoliberal se ha renunciado a la justicia social y a los valores democráticos en favor de las leyes del mercado.

Palabras clave: Paz, consumo, responsabilidad, globalización.

Abstract

This article makes a theoretical approach to peace based on three concepts: consumption, responsibility and globalization. The first attempts to highlight how supply can influence the social construction of reality, and how mass consumption seems to give life to a process of homologation but in reality it produces new forms of differentiation and hierarchy. With the second, we intend to distinguish that individuals are increasingly aware of the lack of neutrality of their consumption acts with respect to production and distribution processes, and therefore, of the link with world political and economic imbalances, as well as with the ecological and social deterioration. With the third, we try to point out that with the neoliberal globalization process, social justice and democratic values have been renounced in favor of the laws of the market.

Key words: Peace, consumption, responsibility, globalization.

Si hablamos del Estado y del individuo, y no de esta o de aquella organización política concreta y de este o de aquel grupo de seres humanos víctimas de la necesidad y del sufrimiento, manifestamos tendencia a cubrir con el brillo y el prestigio, con el significado y el valor que lleva en sí la noción general, una situación concreta, y de ese modo cubrimos los defectos de ésta y disimulamos la necesidad de serias reformas.

(John Dewey, 1993: 198)

1.- Introducción

Las investigaciones para la paz, por no decir la paz misma, le deben al sociólogo Johan Galtung¹ su actual trascendencia teórica. Sus aportaciones parten de la definición y caracterización de la violencia distinguiendo *violencia cultural*, *violencia directa* y *violencia estructural*. Esta última la concibe como resultado de la estructura del propio sistema al estar fundamentada en la desigualdad de poder. Es decir, es la desigualdad en la distribución de poder lo que determina un reparto desequilibrado de recursos y gesta la injusticia social. Su contribución al debate sobre una concepción de paz como ausencia de guerra y violencia directa (paz negativa), y una concepción de paz como ausencia de guerra y violencia directa más justicia social (paz positiva), ha permitido el desarrollo de lo que hoy se conoce como “paz imperfecta”. Un concepto tan provocador como sugerente que refleja bien la multiplicidad de realidades y experiencias involucradas en estos procesos, y que estimula la convicción de que el aprendizaje social puede ser, como proponía John Dewey, un instrumento para dar respuesta a las cambiantes condiciones internacionales.

En un mundo atravesado por desigualdades e injusticias no pocos analistas insisten en vincular los conflictos y las guerras a un proceso de globalización sin control, oponiéndose a la tesis de que una economía globalizada puede generar efectos positivos. De hecho, muchos de sus análisis finalizan advirtiendo de que

1 Aunque desde finales de los años cincuenta del siglo pasado Galtung utiliza los diálogos con las partes en conflicto para poder conseguir acuerdos y compromisos que sellen la paz más allá de la ausencia de violencia, lo que él denomina paz negativa, frente a la paz positiva que caracteriza por crear relaciones de colaboración y construcción conjunta de un entorno de paz duradero, no solo aporta teorías sobre la violencia, los conflictos y la construcción de paz, sino que desde 1993 contribuye de forma práctica con su propia organización y método, denominado Transcend, al desarrollo de la paz. Para una primera aproximación a sus últimas aportaciones véase Galtung, J. (2017) La violencia: cultural, estructural y directa en *Cuadernos de Estrategia 183 Política y violencia: comprensión teórica y desarrollo en la acción colectiva*. https://www.ieee.es/Galerias/fichero/cuadernos/CE_183.pdf (recuperado el 20-09-2021)

la globalización puede ser, a nivel nacional e internacional, una fuente de malestar social y conflictos armados. Lo cual eleva el grado de necesidad de buscar y señalar a aquellos agentes particulares con obligaciones específicas que pueden y deben arreglar estas situaciones.

2.- Consumo

2.1.- Consumo y consumismo

El siglo XX, como sociedad opulenta, ha hecho cambiar la forma de evaluar los bienes, y, con ello, la concepción del ser humano que tiene de sí mismo. Desde la aparición de las revistas, la radio y el cine conformando un único sistema al que Theodor Adorno y Max Horkheimer denominaron *industria cultural*,² este ha sido el encargado de diseñar no solo los horarios de entretenimiento sino también los deseos y las aspiraciones de los individuos y las colectividades. Ha sido el encargado de convertir el tiempo libre en tiempo de consumo y de persuadir de que todo acto de consumo es un hecho privado con el que crearse una identidad, cuando, en realidad, es un hecho social total³ con múltiples repercusiones económicas y sociales que, en algunos casos, puede incluso llegar a desencadenar guerras.

Como ha afirmado Giovanni Sartori,

“Lamentamos el hecho de que la televisión estimule la violencia, y también de que informe poco y mal, o bien de que sea culturalmente regresiva (como ha escrito Habermas). Esto es verdad. Pero es aún más cierto y aún más importante entender que el acto de telever está cambiando la naturaleza del hombre” (2018: 11)

Efectivamente, desde su aparición, los medios de comunicación han sido utilizados para el control social. Como señala Adela Cortina, una sociedad consumista no se caracteriza porque la gente consuma de forma compulsiva o desarrolle hábitos de consumo, se caracteriza porque en ella “*el consumo es la dinámica central de la vida social*” (2002: 65), porque la gente consume mercancías que no son necesarias para su supervivencia.

2 Véase Adorno, Th. W. (2013), La industria cultural. Ilustración como engaño de masas, en *Dialéctica de la Ilustración*, Obra completa, 3, Akal editores, Madrid, pp. 133-181.

3 El punto de vista que asumimos, como diría Mauss, es que el consumo “es uno de esos fenómenos que proponemos llamar “totales”. Es religioso, mitológico y chamanístico... También es económico, ...” Véase Mauss, M. (2012) *Ensayo sobre el don*, Katz editores, Madrid, p. 153.

Desde esta misma perspectiva, Bauman define el consumismo como

“un tipo de acuerdo social que resulta de la reconversión de los deseos, ganas o anhelos humanos (si se quiere “neutrales” respecto del sistema) en la *principal fuerza de impulso y de operaciones* de la sociedad, una fuerza que coordina la reproducción sistémica, la integración social, la estratificación social y la formación del individuo humano, así como también desempeña un papel preponderante en los procesos individuales y grupales de autoidentificación, y en la selección y consecución de políticas de vida individuales” (2007: 47)

Por tanto, una sociedad de consumo es aquella en la que lo que motiva las elecciones no son necesidades sino deseos insatisfechos. Su origen, desde una visión histórica retrospectiva, puede remontarse a un tipo de *hobbesianismo* secular, o individualismo radical, en el que el hombre, con total libertad en lo económico y lo cultural, se ve a sí mismo como ilimitado en sus apetitos.

Baudelaire, en su fértil ensayo *El pintor de la vida moderna*, ya revela en 1863 que “La modernidad es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte, cuya otra mitad es lo eterno y lo inmutable.”

Una afirmación que, al sumarse a la descripción realizada por Jonathan Raban en su obra *Soft city* sobre los cambios en las formas de vivir en la década de los 70 del siglo pasado en Londres, sirve a David Harvey para manifestar que

“<<La identidad personal se ha vuelto dúctil, fluida, infinitamente abierta>> al ejercicio de la voluntad y la imaginación” (2004: 18)

Así, como a Lipovetsky para decir que,

“En el curso de unos decenios, la sociedad opulenta ha trastocado los estilos de vida y las costumbres, ha puesto en marcha una nueva jerarquía de objetivos y una nueva forma de relacionarse con las cosas y con el tiempo, con uno mismo y con los demás” (2007: 7)

En resumen, fue la *contracultura* la que al liberar los deseos y las emociones impulsó el debilitamiento de las formalidades que regentaban las conductas.⁴ La que facilitó que el espíritu consumista se infiltrase en el ámbito familiar, religioso, laboral y político hasta provocar, con la aparición de consumidores experimentados, comportamientos tan descontrolados como excesivos. Fueron la industria cultural y la publicidad, expertas en transmitir ideas y valores, sueños y deseos, las que consiguieron transformar para el imaginario colectivo el valor de uso de las mercancías en valor signo. Y de ahí, ya en la *posmodernidad*, en valor afectivo y pasional. Pues lo que se compra, más que bienes, son emociones o sentimientos de pertenencia. Unos cambios que, aplicados al *posfordismo*, revelan una realidad

4 Véase Featherstone, M. (2000) *Cultura de consumo y posmodernismo*, Amorrortu, Buenos Aires; También Bauman, Z. (2010) *Mundo consumo*, Paidós, Barcelona.

laboral y social tan fragmentada como frágil.⁵ De hecho, el nuevo capitalismo, con su economía basada en la información y los servicios, y en la que el *marketing* tiene un papel creciente, parece haber modelado nuevos comportamientos culturales alejados de la universalidad *kantiana*.

2.2.- *Perspectivas teóricas de la Industria Cultural*

El concepto de *Industria Cultural* desarrollado por Adorno y Horkheimer en los años 40 del siglo XX, pero popularizado en la década de los 60/70, ha transmutado a día de hoy en lo que se conoce como *Industrias Creativas y Culturales*. Esta mutación de términos responde a la necesidad de configurar un ideal conceptual adaptado a las necesidades político-económicas de la posmodernidad. Con ello, los protagonistas del arte contemporáneo han intentado seducir a las masas de que es mejor abandonar la provocación y la crítica a las influencias de las industrias del entretenimiento, la comercialización del arte y la uniformización cultural, porque, en realidad, dichas industrias representan la mejor opción para una salvación universal.

Durante dicho proceso, el concepto siempre ha estado ligado a empresas de producción y comercialización de bienes y servicios culturales. Bien sean nacionales o internacionales. Es decir, a empresas cuya actividad productiva y comercial tienen como fin último la rentabilidad económica, independientemente de su implicación en lo social o público. En este sentido, y en oposición a tesis anteriores más optimistas, como es la de Walter Benjamin, para Adorno y Horkheimer el poder de la radio, el cine y la televisión no representa tan solo una hendidura en la cultura, sino una amenaza real de conversión en simple mercancía. De ahí que en sus análisis prevalezcan la estandarización, la serialización, el consumo de masas y la división del trabajo. Pues, desde ese horizonte ideológico, las únicas funciones que le atribuyen a la *Industria Cultural* son, por un lado, la de eternizar el orden social existente, y por otro, proporcionar la base ideológica para su legitimación. Por lo que los contenidos de estos medios solo pueden tener un fin: el de manipular a individuos para que desarrollen una falsa conciencia. Es decir, acumular deliberadamente consumidores a la fuerza.

“Los interesados en la industria cultural gustan de explicarla en términos tecnológicos. La participación en ella de millones de personas obliga, según ellos, al uso de procedimientos de reproducción que, a su vez, hacen inevitable que en innumerables lugares las mismas necesidades sean satisfechas con bienes estándares. El contraste técnico entre pocos centros de producción y

5 Véase el ensayo de Richard Sennett (2006), *La corrosión del carácter* sobre la minusvaloración y movilización del ciudadano posmoderno a causa de las relaciones laborales.

una recepción dispersa condiciona la organización y la planificación de los que las ordenan. Los estándares se originan de las necesidades de los consumidores: de ahí que se aceptaran sin resistencia. Y, en realidad, es un círculo de manipulación y necesidad reactiva donde la unidad del sistema se afianza cada vez más. Pero en todo ello se silencia que el terreno sobre el que la técnica adquiere poder sobre la sociedad es el poder de los económicamente más fuertes sobre la sociedad” (Adorno, 2013: 134)

Uno de los autores destacados en el estudio de la producción de bienes culturales vinculado a Adorno y la Escuela de Frankfurt, aunque con un enfoque y línea de investigación distinto, es Edgar Morin. El cual, percatándose de la aparición de un nuevo “espíritu del tiempo”, afirma que la *cultura* es un

“cuerpo complejo de normas, símbolos, mitos e imágenes que penetran dentro de la intimidad del individuo, estructuran sus instintos y orientan sus emociones” (Morin, 1966: 21)

Dicho autor sostiene que la única lógica de la producción en masa de bienes culturales es la de promover el consumo. O sea, la misma que la de cualquier otra industria en una sociedad de libre mercado. De ahí que la búsqueda de un consumidor tan ideal como universal conlleve no solo la estandarización de los productos sino dos procesos contradictorios y complementarios: la sincretización y la homogeneización. Lo cual se realiza inoculando en la cultura de masas un movimiento simultáneo que convierte lo real en imaginario y lo imaginario en real. Tal como hace el cine al conquistar no solo las cosas sino también las imágenes y los sueños.

“Para que la cultura industrial haya sido posible, han sido necesarios muchos inventos técnicos, especialmente el cinematógrafo y la telegrafía sin hilos. Estas técnicas han tenido a menudo una utilización que sorprendería hasta a sus propios inventores: el cinematógrafo, aparato para registrar el movimiento, ha sido captado bruscamente por el espectáculo, el sueño dorado y la diversión; la telegrafía sin hilos, cuyo uso fue en principio utilitario, ha sido también, por su parte, raptado por el juego, la música y el placer. Estos medios técnicos han entrado en el ámbito de la cultura impulsados por la fuerte brisa del ánimo de lucro capitalista” (Morin, 1966: 30)

Desde una formulación marxista, y no sin antes realizar una crítica a los medios de comunicación tradicionales como instrumentos de manipulación política y cultural, hace casi cuatro décadas que el ensayista Han Magnus Enzensberger⁶ afirmó, siguiendo la estela de Walter Benjamin, que las nuevas tecnologías podían ser útiles para quebrar el monopolio precedente y abrir vías para la innovación social y par-

6 Véase Enzensberger, H., M., (1974) *Elementos para una teoría de la medios de comunicación*, Anagrama, Barcelona.

ticipación cívica. Es decir, podían acabar teniendo una función liberadora siempre y cuando la izquierda fuera capaz de generar reglas de uso contrarias a la industria con las que restituir la centralidad del espacio público. Su propuesta ha sido finalmente aceptada como una premonición de lo ocurrido con Internet y el fenómeno *blog* por quienes estiman finiquitado el aislamiento y la pasividad de las audiencias. Una aceptación que ha llevado al filósofo y semiólogo Paolo Virno (2003) a querer revertir en su totalidad la teoría de Adorno y Horkheimer. Pues mientras los dos teóricos concebían el campo cultural como el último escollo de libertad en una sociedad totalmente industrializada, es decir, estimando la industria cultural como producto tardío de la transformación *fordista*, Virno ve en el desarrollo de esta industria la anticipación y el paradigma de la producción *posfordista*. Con lo cual, para dicho autor, la finalidad única de la industria cultural no es otra que la producción de comunicación mediante medios de comunicación (Raunig, 2008).

“La multitud es un modo de ser, el modo de ser que hoy prevalece: pero, como todo modo de ser, es ambivalente, contiene en sí peligro y salvación, aquiescencia y conflicto, servilismo y libertad. El punto crucial, sin embargo, es que estas posibilidades alternativas tienen una fisonomía peculiar, distinta de aquella con la cual aparecían en la constelación pueblo/voluntad general/ Estado” (Virno, 2003: 26-27)

Vemos, pues, que el interés de estas industrias no se limita a los procesos culturales. También inciden sobre las relaciones de poder. Especialmente en economías en las que la espera de importantes dividendos impele al análisis continuado y pormenorizado de estrategias con las que alcanzar una posición relevante dentro del mercado de medios y servicios interactivos multimedia (Richeri, 2008).

Como podemos ver, desde esta perspectiva es difícil pensar en las industrias culturales como simples correas transmisoras de la ideología dominante. Más bien, semejan organizaciones económicas *posfordistas* en medio de una expansión constante y acelerada de la economía. Una constante y acelerada expansión que no tendría lugar sin la innovación tecnológica en la que, especialmente, el sector de las telecomunicaciones juega un papel trascendental. No en vano, ya es totalmente habitual que todos los productos culturales fabricados en soporte físico se transformen en digitales para poder ser distribuidos según demandan las redes de telecomunicaciones. Lo cual no solo supone un nuevo paso para la industria sino también en su conceptualización.

En conclusión, aunque los análisis de Adorno y Horkheimer no sean suficientes para describir la realidad, si es que alguna vez lo fueron, lo cierto es que no se puede obviar que la industria cultural, cuyo objetivo principal es vender productos a través de los medios de comunicación, sigue teniendo como función ideológica la transmisión de valores en interés del mercado. Es decir, sigue teniendo la función

ideológica de proponer modos de vida desde los que poder socializarse a través de un conjunto de prácticas generadoras de expectativas de comportamiento.

2.3.- La obligación de consumir

Dado que, en los individuos, ni los deseos ni las exigencias surgen espontáneamente, es la industria cultural, a través de la publicidad, la que con sus medios y fines, entiéndase arte y subjetividad, está obligada a promover los ideales y valores que sustentan la sociedad de consumo. Entre sus profesionales existe un amplio consenso en cuanto a lo que no es objeto de la misma: la venta de productos. Se puede vender cualquier cosa menos el producto: imágenes, marcas, valores, símbolos, deseos, emociones, estilo, etc. Cualquier cosa inmaterial pese a que ello, por fuerza, no sea más que un producto o un servicio. Por consiguiente, la publicidad, utilizando la seducción, la empatía y lo envolvente, es un negocio que se vende como arte a través de recursos tecnológicos. Carga emocionalmente a los productos con marcas que sugieren mundos anhelados por el consumidor.⁷ Como indica Vicente Verdú,

“Tal como proclaman los profesiones del marketing, la gente se imagina frecuentemente las marcas como si se tratara de personas o poseyendo caracteres personales: Nivea representa a una mujer limpia y maternal, Apple son tipos simpáticos e inventivos, Johny Walker es vicioso, Mercedes es una abuela rica, Volvo resulta ser la sensatez. Las marcas han dejado de comportarse como cuños inmóviles para establecer una conmovida relación con los demás. En numerosos casos, la marca persigue <<enmarcarse>>, pasar del mundo de las abstracciones al universo de las emociones.” (2007: 111)

Hace tiempo que el derecho a consumir se ha convertido en obligación. Sobre esta imposición sin elección Zygmunt Bauman afirma que aunque

“... es usted quien está ahora al mando. Y debe estarlo: la elección es suya, pero elegir es obligatorio y los límites dentro de los que usted puede elegir no son negociables” (2010: 209)

Así, lo que ha sido un derecho inviolable, ha acabado convirtiéndose en un deber moral. Precisamente, la economía de mercado se sostiene generando unos altos niveles de consumo sin los que el colapso del sistema sería altamente probable. Desde el momento en que el factor principal que define una sociedad es el consumo, recae sobre los consumidores la obligación de consumir aunque las condiciones sociales y económicas no sean las más favorables.⁸

7 Véase el Severiano, M.F.V. (2005) *Narcisismo y publicidad*, Siglo XXI, Argentina.

8 Ya en los años cincuenta el presidente norteamericano Eisenhower animó a los ciudadanos a “consumir cualquier cosa” por motivos patrióticos como forma de relanzar la economía del país. También lo hizo el exalcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani y el entonces presi-

Queda claro, pues, que la publicidad no solo persuade sino que transmite ideología. Como advierte Severiano (2005), conseguir una actitud positiva e identificadora del consumidor frente a un producto, es una exigencia que se puede argumentar desde dos posturas diferentes: la primera, afirmando que el producto ha sido creado con vistas a satisfacer una necesidad o deseo del consumidor. La segunda, admitiendo que, en realidad, la publicidad solo atiende a las necesidades del mercado. Es decir, que la actitud positiva e identificadora del consumidor solo se consigue mediante la seducción y el convencimiento que proporciona la publicidad. No el producto. En este sentido, Galbraith avisa de que si durante décadas los economistas se han negado a sincerarse, es porque temen “el daño que sufrirían las ideas establecidas si se reconocieran y aclararan estas relaciones” (2014: 155).

En efecto, si el sistema está obligado a producir, también lo está obligado a consumir. De ahí su conformidad con unos mercados de trabajo precarios donde los individuos, segmentados y desconcertados, tratan de encontrar en el consumo garantías de certeza y autoconfianza.

3.- Responsabilidad

La relación entre consumo, explotación laboral, cambio climático y conflicto bélico ha suscitado en las últimas décadas, especialmente en las democracias acomodadas, la necesidad de una mayor supervisión de los procesos de producción a nivel global. Dicha demanda no solo se dirige a los Estados, las corporaciones e instituciones sino también a los consumidores individuales, pidiéndoles acciones de *boicot* y *buycotts*⁹ para productos, bienes o empresas. Con ello se pretende implementar un consumo ético que no solo tenga en cuenta el precio y la calidad sino también las implicaciones sociales y ambientales.

dente de los EEUU George W. Bush tras los atentados del 11 de Septiembre de 2001. Véase Señán, Gaspar Brändle El consumo en tiempos de crisis: una aproximación sociológica a la distribución del gasto en España. Aposta. Revista de Ciencias Sociales [en línea]. 2010, (45), 1-24[fecha de Consulta 2 de Septiembre de 2021]. ISSN: . Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=495950241001>. En España, el Presidente de Cataluña, José Montilla instó en 2008 a consumir aludiendo que ““Esta gente que puede consumir o que se tiene que cambiar el coche lo tendría que hacer, o la gente que necesita una vivienda y tiene recursos para hacerlo la debería comprar porque, seguramente, haciendo estas cosas está contribuyendo a que su hijo o su vecino mantengan su trabajo”, en https://elpais.com/diario/2008/11/27/catalunya/1227751644_850215.html [fecha de Consulta 2 de Septiembre de 2021].

9 Por *boicot* se entiende evitar deliberadamente o amenazar con evitar ciertos productos y empresas. Por *buycotts*, preferir o señalar una preferencia potencial a favor de empresas y productos que cumplen con algunos requisitos o criterios de excelencia ética.

Ahora bien, los discursos que intentan llevar a cabo dicha labor suelen pecar de poca claridad y dirección. De ahí que surja la duda de por qué debería el consumidor llevar a cabo acciones éticas. Frente este dilema cada vez son más los autores que se decantan por un tipo de ética tan pragmática como inclusiva para desarrollar procesos de paz y resolución de conflictos¹⁰. Es decir, alejándose de la idea de ética global como abstracción de las cualidades morales excepcionales del ser humano y el Estado, dichos autores tratan de proporcionar orientaciones morales que sean susceptibles de ser corregidas en cada situación, porque con ello, afirman, no solo se consiguen mejores resultados sino que también se refleja mejor el pluralismo situacional y experimental de cada investigación ética.

Ciertamente, la creciente preocupación por los trastornos y perjuicios que originan las cadenas de suministro globalizadas ha desafiado a los teóricos pragmáticos para que orienten sus investigaciones sobre el tipo de conexión que se establece entre estas y los consumidores. Pues, como sostiene David Miller, desafortunadamente pocos conceptos en filosofía moral y política son más escurridizos que el de responsabilidad¹¹. Y aunque es cierto que en países democráticos se han llevado acciones de *boicot* con mucha anterioridad,¹² lo cierto es que en las últimas décadas la complejidad de los fenómenos geográficamente distantes parecen demandar un análisis más pormenorizado de las responsabilidades dado que, como se sabe, las cadenas de suministro globalizadas consisten en secuencias de actividades a través de las cuales la tecnología se combina con insumos materiales y laborales que después de ensamblajes se comercializan y distribuyen.

De hecho, tal como se desprende del informe *World Investment Report 2020* de UNCTAD¹³, las 1.000 empresas multinacionales más grandes del mundo y sus proveedores poseen más de 12.000 instalaciones (fábricas, almacenes y otras operaciones) en las áreas afectadas por las restricciones de movilidad (Hubei en China, Italia y la República de Corea). Lo cual significa que en las últimas tres décadas las empresas multinacionales se han vuelto cada vez más internacionales, con aumentos constantes de su participación en los activos, las ventas y los empleados en el extranjero, y que aproximadamente el 80 por ciento del comercio mundial está vinculado a las redes internacionales de producción de las empresas multina-

10 La línea pragmática a seguir sería la de John Dewey, la cual sugiere, a diferencia del liberalismo tradicional, que el individuo no es solo una entidad que compite con los demás sino que forma parte de una unidad orgánica. Siendo la libertad no simple falta de restricción sino participación en la vida social y política. Por tanto, una sociedad armónica nunca puede darse persiguiendo sus intereses particulares.

11 Véase Miller, D., *Distributing Responsibilities* en *The Journal of Political Philosophy*: Volume 9, Number 4, 2001, pp. 453-471.

12 Véase Friedman, M. (1999) *Consumers Boycotts*, Routledge, New York.

13 Obtenido en https://unctad.org/system/files/official-document/wir2020_en.pdf (9-08-2021).

cionales. De manera que el valor agregado combinado generado por las empresas multinacionales en sus países de origen y sus filiales extranjeras asciende a aproximadamente a una cuarta parte del PIB mundial y aproximadamente a una tercera parte de la producción del sector privado. Y aunque según dicho informe la desaceleración de la internacionalización de la producción es ya un hecho, lo cierto es que aun hoy en día la fabricación de un solo artículo se extiende por varios países dibujando un complejo mapa de etapas y procesos que apenas dependen de la cercanía geográfica.

Como bien ha recalcado Immanuel Wallerstein, la globalización es un fenómeno que aparece en el siglo XVI como elemento básico del sistema-mundo moderno.¹⁴ Durante todo este tiempo lo que ha cambiado es la escala que le permite seguir operando y los conflictos que ello genera. De hecho, son los avances tecnológicos y los cambios en política comercial y de finanzas lo que ha facilitado que las economías de todo el mundo interactúen cada vez más forzando a que las etapas de ensamblaje y producción se realicen en países pobres con abundante mano de obra mientras las etapas de valor añadido y venta se llevan a cabo en países ricos. Lo cual para el consumidor individual implica un aumento de responsabilidad dado que la producción de bienes involucra a muchos más países. A ello puede añadirse que también las materias primas, como petróleo y minerales, se extraen de dichos países y se refinan en otros.

Consecuentemente, del mismo modo que cierto tipo de estudios se han focalizado en cómo controlar, prosperar y sacar beneficios de este tipo de producción, también los perjuicios que ocasiona son motivo de estudio, siendo habitual relacionar a los consumidores con los perjuicios a trabajadores y sociedades donde se desarrolla la producción, así como con el resto del planeta en su conjunto. En este sentido, y en primer lugar, la atención suele recaer sobre las condiciones laborales de producción en países como China, Vietnam o Bangladesh, provocando acalorados debates en torno al salario mínimo, la seguridad, la cantidad de horas trabajadas, la esclavitud y el trabajo infantil. Un segundo foco de atención se centra en la violencia, criminalidad y producción de alimentos en gobiernos autoritarios. Pues los mercados globales han dado paso a que actores estatales y no estatales que controlan recursos naturales financien sus actividades vendiendo a compradores internacionales.¹⁵ Un tercer foco de análisis guarda relación con el perjuicio ambiental que infligen las industrias a nivel local y global en países con regulaciones permisivas o corruptas ávidas de inversión extranjera. En este sentido, aunque actual-

14 Véase Wallerstein, I. (2005) *Análisis del Sistema-Mundo*, Siglo XXI editores, México.

15 Según un boletín de 2018 de Naciones Unidas los recursos naturales causaron más del 40% de las guerras en los últimos sesenta años. <https://news.un.org/es/story/2018/10/1443762> (recuperado el 15-08-2021)

mente casi ningún país escapa de tener que afrontar una amplia serie de demandas medioambientales,¹⁶ desde hace décadas los activistas piden a las empresas, a los Estados y a los consumidores que eviten recursos naturales manchados de sangre provenientes de zonas en conflicto. Pero ¿en qué medida el consumidor es responsable de esos conflictos armados?

3.1.- *La ética de John Dewey*

La respuesta a esta creciente sensibilidad por los procesos de paz ha tendido a evolucionar de la idea de paz liberal y democrática de unas élites dispuestas a imponer soluciones absolutas hacia un pragmatismo inclusivo de actores nacionales e internacionales que tengan en cuenta los contextos y las circunstancias locales.¹⁷ Lo cual evidencia una aproximación al pensamiento de John Dewey (1859-1952) desde el que poder considerar si los perjuicios a los que se enfrentan los trabajadores, las sociedades y el planeta requieren de una intervención por parte de los consumidores. Pues más que aspirar a respuestas fijas, lo que se intenta es desarrollar soluciones concretas para situaciones únicas.

Aunque lo que caracteriza a los procesos de paz inclusivos es la incertidumbre, la experimentación y la imprevisión, cada vez son más los elementos incorporados en las intervenciones que los promueven. De hecho, el pragmatismo de John Dewey parece alzarse como una de las mejores maneras “para entender las limitaciones y las críticas a la paz liberal, así como para intuir las oportunidades y riesgos que se toman cuando la paz depende de los objetos cotidianos”.¹⁸ Esta tendencia no solo se aleja de las élites locales e internacionales para dar soluciones sino que se inclina por dar voz a grupos ignorados o relegados hasta ahora para adaptarse mejor a contextos y circunstancias concretas. Con ello, lo que se manifiesta es el deseo de distanciarse de una concepción occidental de paz liberal, tan abstracta como dominante. Es decir, se asume que los conflictos son complejos y prolongados y que las soluciones pueden ser siempre transitorias. Así, y teniendo en cuenta las implicaciones de cada opción tomada, el pragmatismo invita a hallar soluciones aplicables a través del estudio de los contextos. Por tanto, se opone a la idea de estabilización y progreso a partir de procesos de democratización y liberalización

16 La denuncia de conflictos medioambientales va en aumento en todo el mundo. Véase en este sentido la web Atlas de Justicia Ambiental en <https://ejatlas.org> (recuperado el 15-08-2021).

17 Véase Bargués, Pol, *Cuando la paz depende de los objetos cotidianos* en <https://seguridadinternacional.es/resi/html/cuando-la-paz-depende-de-los-objetos-cotidianos/> (recuperado el 7-08-2021).

18 Véase Bargués, Pol, *Cuando la paz depende de los objetos cotidianos* en <https://seguridadinternacional.es/resi/html/cuando-la-paz-depende-de-los-objetos-cotidianos/> (recuperado el 7-08-2021).

de las economías típicas del liberalismo. De hecho, se achaca el fracaso de la paz liberal al deseo de querer implementar modelos ideales sin tener en cuenta ni el lugar ni lo que implica una supervisión externa¹⁹. En resumen, el pragmatismo no solo sirve para entender los límites de la paz liberal sino también para prevenir de los cambios en dichos procesos puesto que se redescubren personas, objetos e incertidumbres. El giro hacia lo local no solo trata de arrojar luz centrándose en narrativas, experiencias y luchas silenciadas sino que intenta socavar la primacía y arrogancia de la paz liberal fortaleciendo a las comunidades locales²⁰. En otras palabras, desde una perspectiva pragmática, dado que no existen verdades absolutas, y menos abstractas e ideales, toda aproximación, aun errónea, es aprovechada. Toda inclusión de actores implica dar importancia a procesos constantes de negociación, cooperación y pensamiento colectivo.

Para Dewey, la politización de asuntos específicos con dimensión material son de suma importancia para la movilización y evolución de la sociedad porque, como fin en sí mismo, el mayor valor democrático es el derecho a disponer de medios que permitan la realización del individuo²¹. De hecho, los objetos materiales han empezado a ser considerados elementos susceptibles de análisis en las intervenciones internacionales debido a los significados que éstos alcanzan a través de la interacción humana²². Ello comporta, como decíamos, un aumento de las percepciones e incertidumbres en los procesos de paz actuales que, contrariamente al desaliento, deben de animar a actuar con mayor prudencia. Pues como sostiene Dewey, sabiendo que los conflictos pueden prolongarse casi sin solución,

“Lo mismo que en la ciencia la cuestión del avance del conocimiento es una cuestión de saber *qué* hacer, qué experimentos llevar a la práctica, qué aparato inventar y emplear, qué cálculos realizar, qué ramas de la matemática emplear o perfeccionar, así también el problema de la práctica consiste en saber

19 Como afirman Juncos y Joseph (2020), los actores internacionales a menudo han duplicado esfuerzos y cantidades significativas de dinero para ejecutar programas que no son aplicables localmente. Lo cual ha hecho que, en el mejor de los casos, las iniciativas hayan sido ineficaces para promover una paz sostenible, o en el peor, hayan servido paradójicamente para perpetuar el conflicto. Véase también en este sentido Autesserre, S. (2014) *Peaceland: Conflict Resolution and the Everyday Politics of International Intervention*. *Problems of International Politics series*. New York: Cambridge University Press

20 Véase Randazzo, E. *The Local, the 'Indigenous' and the Limits of Rethinking Peacebuilding*, *Journal of Intervention and Statebuilding*, https://uhra.herts.ac.uk/bitstream/handle/2299/24210/JISB_Manuscript_Final_Version_with_author_details.pdf?sequence=1&isAllowed=y (recuperado 08-09-2021)

21 Véase Dewey, J. (2004) *La opinión pública y sus problemas*, Ediciones Morata, Madrid.

22 Mac Ginty, R. (2017), A material Turn in International Relations: The 4x4, *Intervention and Resistance*, *Review of International Studies*, Vol. 43, N° 5, pp. 885-874.

qué es lo que necesitamos conocer, cómo obtendremos ese conocimiento y cómo lo aplicaremos”. (1952: 33)

Efectivamente, John Dewey fue un filósofo norteamericano de principios del siglo XX conocido, junto con Charles Peirce y William James, por sus aportaciones en el seno de la tradición pragmatista. Su sentido de la ética radica en la búsqueda constante de soluciones a situaciones en las que las dificultades, el desconcierto, el enfrentamiento o la insatisfacción trastocan los hábitos y convenciones que permiten al ser humano orientarse en su cotidianidad. Por ello, para Dewey, más que un *receptor* o *conocedor*, el ser humano es un *hacedor* que experimenta y reajusta constantemente soluciones. Es más, solo el conocer es ya en sí mismo una acción instrumental para resolver problemas y configurar resultados previsibles. Con lo cual, desde esta perspectiva mediadora de la razón, la certeza y la verdad incontrovertible desaparecen, reduciéndose modestamente a asertos avalados por los métodos inteligentes de previsión de consecuencias.²³ En otras palabras, no existiendo verdades que extraer, lo único alcanzable es garantizar formas de pensar que sean útiles. De hecho, Dewey

“... solicita de la filosofía que sea una teoría de la práctica con ideas lo suficientemente definidas para que puedan operar en el ensayo experimental y asegurar la integración en la experiencia real”. (1952: 223).

Además, afirma que

“lo mismo que una ley de la física, [la moral] no es algo por lo que jurar y partirse el pecho en todas las circunstancias; es una fórmula del modo de responder cuando se presentan condiciones específicas. Su solidez y pertinencia se prueban con lo que ocurre cuando seguimos su inspiración. Sus pretensiones de autoridad descansan, en último término, en la imperiosidad de la situación que hay que afrontar y no en su naturaleza intrínseca y, como cualquier instrumento, cobra valor en la medida de las necesidades a que sirve.” (1952: 243)

Efectivamente, cuando un consumidor decide reparar un perjuicio causado por una cadena de suministros, lo hace porque tiene medios y porque más que un fin moral tiene un fin a la vista. Es decir, cuando el consumidor decide actuar es porque tiene intención de dejar de ser

“un mero espectador del espectáculo universal, un polo de conocimiento al margen del mundo que se limita a registrar acontecimientos sin intervenir en ellos”. (Catalán, 2001: 129)

23 Véase Catalán, M. *Una presentación de John Dewey* en Revista de Filosofía, n° 22, 2001, pp.127-134.

Esta visión de espectador es la que Dewey propone romper para evitar la visión fantasmal de un Ser estático y autosuficiente. Pues aunque es el individuo quien en última instancia se enfrenta a cada situación, siendo la ética una actividad inherentemente creativa, social y política, la acción siempre resulta coordinada de forma social.

Desde las perspectivas democráticas radicales las objeciones al liberalismo siempre se han fundamentado sobre su concepto negativo e individualista de la libertad personal. Es decir, sobre una autonomía independiente de los procesos de interacción social. Por tanto, sobre una concepción de la actividad política reducida que consiste en el control del aparato estatal con el fin de proteger libertades individuales. De ahí la insistencia en afirmar que sólo en asociación con otros individuos se puede alcanzar autonomía personal.

Ahora bien, para John Dewey, aun compartiendo la crítica al individualismo, “no es el discurso intersubjetivo el que representa la esencia de toda libertad comunicativa, sino más bien, el uso colectivo de las fuerzas individuales para la solución de un problema” (Honneth, 1999: 87). Con esta afirmación, Dewey rehusa la idea de la mayoría democrática como solución a una masa desorganizada de individuos aislados que requiere de una constatación numérica sobre un propósito u opinión. Su objetivo, es poner de relieve el mecanismo social que explique la sociabilidad humana sin tener que recurrir a presupuestos metafísicos. Con lo que no duda en afirmar que al principio no es otra cosa que en una multiplicidad de impulsos dispersos y, por lo tanto, susceptibles de ser moldeados, lo que permite desarrollar capacidades y necesidades en forma de hábitos de comportamiento estables, al encontrar consentimiento y estimación. Pues a medida que un sujeto encuentra satisfacción en el reconocimiento de otros sujetos incrementa dicho comportamiento.

A partir de la tesis pragmática según la cual la praxis científica es una prolongación de la manera de resolver problemas cotidianos, Dewey infiere que la posibilidad de establecer soluciones inteligentes aumenta con la calidad de la cooperación de los investigadores participantes. Siendo esta la conclusión que trata de trasladar al proceso de vida social. Es decir, partiendo de la cooperación social, Dewey intenta reconstruir el Estado como solución conjunta de problemas. Dicha acción social se lleva a cabo mediante interacciones que, en los casos más simples, solo repercuten a los participantes. Pero en la medida que también afectan a otros, se origina la necesidad mancomunada de un control de las respectivas acciones en sentido restrictivo o a favor. En otras palabras, no estableciendo distinciones entre lo privado y lo público, la concepción del Estado que ofrece Dewey se configura sobre la necesidad de gobierno de una sociedad cooperante. Siendo desde esta interactividad entre miembros de la sociedad lo que hace que los órganos estatales tengan por tarea el velar por las regulaciones generales de las consecuencias indi-

rectas del actuar. Las cuales, son recordadas en las diferentes opiniones públicas, a causa de su implicación indirecta; por consiguiente, el Estado, como dice Dewey, tiene que ser considerado como una “forma de asociación secundaria”, con la cual las opiniones públicas interrelacionadas intentan solucionar en forma racional problemas extensivos de la coordinación del actuar social.

3.2.- *El individuo responsable*

Los actos de un solo consumidor importan poco para los mercados globales. Su insignificancia es lo que se interpone para poder considerarlo un agente moral capaz de asumir responsabilidades respecto a los daños y perjuicios ocasionados en los procesos de producción global. De hecho, no se puede decir que una suma de consumidores constituya un colectivo estructurado con capacidad de acción y propuesta organizada comparable a las corporaciones, los estados y las organizaciones. Debido a ello resulta difícil precisar quién deber de asumir algún tipo de responsabilidad si se le atribuye aunque, para Shelly Kagan,²⁴ la sola posibilidad de que un acto pueda producir un perjuicio ya sería moralmente relevante como para no llevarlo a cabo.

Como se deduce, uno de los mayor obstáculos sobre una justa distribución de responsabilidades se halla en el hecho de que los consumidores no suelen concebirse a sí mismos como actores causalmente relevantes de daño alguno a pesar de su posible complicidad contra colectivos no estructurados. Y ello, aunque comparten, consciente o inconscientemente, formas de acción colectiva.²⁵ Es decir, a pesar de que todos ellos están sujetos a modos de vida impuestos por un sistema que condiciona su existencia en tanto les impone expectativas de comportamiento duraderas, o hábitos, a los cuales deben de adaptarse globalmente.²⁶

Más aún, hay autores que aun reconociendo que son las empresas y las corporaciones las principales perpetradoras de injusticias en los procesos de producción, sin pretender sobre-dimensionar la responsabilidad del consumidor porque no siempre es conocedor de las prácticas nocivas en los procesos de producción, sí que le considera responsable aunque solo sea en segundo término.²⁷

24 Kagan, S., (2011) 'Do I Make a Difference?', *Philosophy & Public Affairs* 39, no. 2, pp. 105–141.

25 Nefsky, J., (2018) 'Consumer Choice and Collective Impact', en *Oxford Handbook of Food Ethics*, ed. Anne Barnhill, Mark Budolfson, and Tyler Doggett (Oxford: Oxford University Press, pp. 267-286).

26 Hunyadi, M., 2015, *La tiranía de los modos de vida*, Ediciones Cátedra, Madrid.

27 Lawford-Smith, H., (2018) *Does Purchasing Make Consumers Complicit in Global Labour Injustice?* en *Res Publica*, vol. 24, pp. 319–338.

En consecuencia, en un contexto de producción global la *causalidad* y la *complicidad* han de verse como dos categorías que se solapan cuando se quiere definir al consumidor individual como agente moral. Lo que las diferencia es que mientras que con la primera se enfatiza la importancia de los actos causalmente significativos, con la segunda se subraya la capacidad de elección para participar, o no, en actos globalmente perjudiciales. Dicho de otra manera, mientras que los teóricos que secundan la causalidad intentan poner peso sobre las acciones, los partidarios de la complicidad lo hacen en la capacidad de ser cómplices, o no, de una acción colectiva en la que los implicados en procesos de producción son considerados como meros medios. Lo cual no implica reconocer que ambos enfoques asumen por igual la capacidad de causalidad de cualquier agente moral.

3.3.- El colectivo responsable

En la actualidad, dada la complejidad de los procesos de producción global, es difícil identificar el papel causalmente significativo de los consumidores individuales. Lo habitual es responsabilizar a naciones, ciudades, grupos o equipos. De ahí el interés por indagar en la responsabilidad de los consumidores.²⁸ Ahora bien, dado que los consumidores no actúan normalmente como grupo estructurado, es decir, no suelen tener intenciones compartidas, es imprescindible asegurarse cuando sí se organizan para acciones colectivas. En este sentido, es importante no olvidar que la responsabilidad colectiva, al igual que la personal y compartida, refiere, por un lado, a la responsabilidad moral de los agentes que causan el daño; por otro, a la culpabilidad por haber causado dicho daño. Por tanto es, como sus dos contrapartes más puramente individualistas, casi siempre una noción de responsabilidad moral más que puramente causal.

Dado que esta noción de responsabilidad colectiva está fundamentada en la noción de que los grupos también son agentes morales, los individualistas, tanto metodológicos como normativos, se oponen no solo desafiando la posibilidad misma de asociar a los grupos con la agencia moral sino que denuncian la violación de los principios de responsabilidad individual y equidad. La esperada respuesta de los defensores de la responsabilidad colectiva es que las intenciones de todo grupo, sus acciones y su culpabilidad, son metafísicamente posibles y pueden atribuirse a los agentes de manera justa, si no en todos los casos, al menos en algu-

28 Desde esta perspectiva la responsabilidad colectiva no puede ser resultado de la suma de miembros. Véase Cooper, D. E. (1968) 'Collective Responsibility', *Philosophy* 43, no. 165, pp. 258-268.

nos.²⁹ Así, por ejemplo, teóricos como Raimo Tuomela y Kaarlo Miller,³⁰ afirman que las masas pueden ser colectivamente responsables si al menos algunos de sus miembros contribuyen directamente a la acción y otros la facilitan o no la previenen. De manera que incluso si las multitudes y los alborotadores no creen que participan, en realidad sí que lo hacen como miembros de un grupo. Ahora bien, lo cierto es que estos argumentos parecen fundamentados en contextos distintos al de los consumidores en una economía global. Hacen referencia a la responsabilidad moral en entornos locales y temporalmente confinados, en lugar de describir la responsabilidad de individuos desagregados que no se comunican entre sí de manera significativa, incluso en comunidades políticas específicas.

3.4.- *La agencia compartida*

Como vemos, resulta difícil de aceptar que el consumidor individual, o el conjunto de consumidores, se constituya como agente moral capaz de asumir responsabilidades correctivas respecto a los daños y perjuicios que ocasionan las cadenas de suministro globales. A lo sumo, como agente moral, al consumidor individual, o al conjunto de consumidores, se le puede definir como algo menos que un colectivo pero algo más que una masa descontrolada de individuos. Lo cual implica que solo asuma responsabilidades compartidas si se llevan a cabo acciones conjuntas.

Marion Smiley lo define de este modo:

“La responsabilidad colectiva se refiere a la responsabilidad de una entidad colectiva, por ejemplo, una corporación, un estado nacional o un club, por daños en el mundo. La responsabilidad compartida se refiere a la responsabilidad de los miembros del grupo por dicho daño en los casos en que actuaron juntos para provocar el daño. La responsabilidad colectiva está asociada a un agente moral único y unificado. La responsabilidad compartida se asocia con agentes morales individuales que contribuyen al daño como miembros de un grupo, ya sea directamente a través de sus propias acciones o indirectamente a través de su pertenencia al grupo.”³¹

29 Véase Smiley, Marion, “Collective Responsibility”, The Stanford Encyclopedia of Philosophy (Summer 2017 Edition), Edward N. Zalta (ed.), URL = <<https://plato.stanford.edu/archives/sum2017/entries/collective-responsibility/>>. (recuperado 23-8-2021).

30 Véase Tuomela, R. and Miller, K. (1988) ‘We-Intentions’, *Philosophical Studies* 53, no. 3, pp. 367–389.

31 Smiley, Marion, “Collective Responsibility”, The Stanford Encyclopedia of Philosophy (Summer 2017 Edition), Edward N. Zalta (ed.), URL = <<https://plato.stanford.edu/archives/sum2017/entries/collective-responsibility/>>. (recuperado 23-8-2021).

Aunque es cierto que las acciones que se pueden llevar a cabo en una comunidad política son distintas a la de los mercados, las múltiples protestas civiles contra las violaciones de los derechos humanos, o los trabajadores, apunta a que una responsabilidad compartida vincula la responsabilidad individual con la responsabilidad colectiva³². De hecho, los consumidores individuales comparten dicha responsabilidad política porque todos ellos forman parte de un sistema de procesos interdependientes de cooperación y competencia a través del cual no solo buscan beneficios sino proyectan su futuro. Por tanto, no es necesario pertenecer a una comunidad política para compartir responsabilidad, dado que son las instituciones las que surgen como respuesta a estas obligaciones y no al contrario.³³ Como vemos, este tipo de argumento se aleja del de Marion Smiley en tanto esta autora atribuye responsabilidad solo a quienes forman parte de un grupo. Lo cual deja para el debate el papel que juega el grado de contribución en su relato, y que sirve para diferenciar las responsabilidades de los actores.

Efectivamente, frente a las explicaciones convencionales de responsabilidad colectiva, Marion Smiley opina que un marco pragmático de *responsabilidad colectiva con visión de futuro* podría ser más eficaz para identificar a los consumidores como grupo con responsabilidades compartidas por dos motivos: el primero, porque las explicaciones convencionales no distinguen entre responsabilidad retrospectiva y responsabilidad de futuro, es decir, entre el daño causado y el deber de producir un estado de cosas deseables, y el segundo, porque de este modo se rebaja la necesidad de que un agente moral colectivo tenga que exhibir algún tipo de intencionalidad individual para asumir responsabilidad. De manera que el criterio para identificar a un grupo de consumidores como agente social queda limitado a su capacidad para hacer algo sobre problemas concretos como, por ejemplo, la explotación laboral. En otras palabras, se pasa de una concreción de responsabilidad moral metafísica, o interna del grupo, a una externa, o mundana, sin dejar de tener en cuenta la distribución de responsabilidades por los daños causados.³⁴

Conforme a lo dicho, la ética de Smiley queda alineada a la Dewey cuando alude a que la responsabilidad está destinada a orientar acciones prospectivas con las que

32 Véase, por ejemplo, las denuncias sobre la industria de la confección en Klein, N. (2008), *No Logo*, Labutxaca, Barcelona.

33 Según el modelo de responsabilidad de conexión social de Iris Marion Young, los individuos son responsables de la injusticia estructural porque contribuyen con sus acciones a los procesos que generan resultados injustos. Véase Young, I.,M. (2006) 'Responsibility and Global Justice: A Social Connection Model', *Social Philosophy and Policy*, 23, no. 1.

34 Así, la asignación de responsabilidades recae en mayor grado en la distribución que en la asignación de intenciones. Véase Smiley, Marion, "Collective Responsibility", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Summer 2017 Edition), Edward N. Zalta (ed.), URL = <<https://plato.stanford.edu/archives/sum2017/entries/collective-responsibility/>>. (recuperado 23-8-2021).

lograr proyectos morales. A partir de este fundamento pragmático, y a sabiendas de que el estatus como agente moral nunca viene predeterminado, la autora reconoce que son los agentes colectivos estructurados, sean estos empresas, instituciones o Estados, los que asumen una responsabilidad mayor, dado que son ellos los que tienen más mecanismos para alcanzar fines. Y ello, a pesar de que a cualquier individuo con capacidad y autonomía se le pueda asignar responsabilidad. Así, aunque la participación de un individuo, como consumidor, es un hecho irrevocable, lo difícil es determinar en qué grado es responsable de los daños generados por las cadenas de producción globalizadas. Hay autores, como Erskine y Wringe, que abogan por la obligatoriedad de los consumidores para organizarse como colectivo, al objeto de impulsar cambios en los procesos de producción de mediano y gran alcance,³⁵ dada la conexión entre conflictos armados, recursos y consumidores.

3.5.- *El mercado como escenario*

Siendo el mercado la institución social donde los individuos se definen como consumidores, cabe preguntarse si dicha institución es susceptible, o no, de responsabilidad moral.

Según Lisa Herzog (2021), desde una perspectiva normativa los mercados son motivo de debate porque influyen en otras instituciones y aspectos de la vida social. Es decir, co-determinan la forma en la que se implementan valores como libertad, justicia o solidaridad. Entre los pensadores afines a los mercados se puede citar a Mandeville, Malthus, Ricardo, Ludwig von Mises, Joseph Schumpeter, F. A. von Hayek, James Buchanan o Milton Friedman. A todos ellos les une, con sus respectivas idiosincrasias, la emancipación de los lazos tradicionales, el individualismo, la comprensión negativa de la libertad, la innovación y el impacto positivo del mercado en el bienestar de la sociedad. Por contra, en la tradición de pensadores críticos, ya en la edad media el cristianismo justificaba su aversión apelando al pecado de la codicia y la glotonería, así como a la posibilidad de un cambio de *statu quo*. Esa línea, durante los últimos tres siglos, ha sido seguida por Jean-Jacques Rousseau, Karl Marx, Friedrich Engels y toda la tradición marxista, unidos bajo el palio de la desigualdad, la inestabilidad, la alienación y los efectos degradantes sobre los pobres, junto a la defensa de una economía de planificación centralizada. Finalmente, otros pensadores han abogado por un respaldo del mercado siempre y cuando los problemas derivados del mismo puedan corregirse a través de otras instituciones.

35 Véase Erskine, T. (2014). Coalitions of the Willing and Responsibilities to Protect: Informal Associations, Enhanced Capacities, and Shared Moral Burdens. *Ethics & International Affairs*, 28(1), 115-145.; Wringe, B., (2014) From Global Collective Obligations to Institutional Obligations', *Midwest Studies In Philosophy* 38, no. 1.

Aquí cabe nombrar a G. W. F. Hegel, J.S. Mill, J.M. Keynes, John Rawls y los partidos socialdemócratas europeos. A los cuales les une la creencia de que los mercados pueden llegar a ser un buen instrumento si los propósitos, los alcances y los límites se determinan desde la política.

Centrándonos en la perspectiva crítica del mercado, para sus defensores, la ética del consumo apenas llega a desvelar el fetichismo de las mercancías. En este sentido, el escepticismo de Immanuel Wallerstein³⁶ sobre el origen posmoderno de las cadenas de producción advierte de que múltiples productos cruzan hoy, al igual que siglos atrás, múltiples fronteras. Y lo hacen de manera continua y regular mediante una doble participación de los Estados: Primero, regulando, grabando o subvencionando las transferencias de bienes a través de sus fronteras. Y segundo, regulando, grabando o subvencionando las actividades dentro de sus fronteras. Ahora bien, todo lo que hacen los Estados depende no solo de sus políticas sino de sus capacidades. Lo cual convida, por un lado, a sospechar sobre la escasa efectividad de las acciones de los consumidores para cambiar un sistema al cual están vinculados los mercados, y por otro, a plantear la necesidad de trazar mapas cognitivos de dichos mercados para poder mostrar sus perniciosas consecuencias.³⁷

Como se desprende, desde la perspectiva crítica cualquier acto de compra puede llegar a suscitar sospechas de connivencia entre consumidores y mercado. No obstante, quienes defienden el orden internacional liberal con mercados basados en actos egoístas también pueden criticar la ética del consumo. Un ejemplo de ello es Milton Friedman cuando reprende a los empresarios que dicen querer alcanzar, más allá de beneficios económicos, fines sociales deseables, como es crear empleo, eliminar la discriminación, o evitar la contaminación, porque

“De hecho, [lo que] están predicando —o lo serían si ellos o cualquier otra persona los tomaran en serio— [es] el socialismo puro y sin adulterar. Los empresarios que hablan de esta manera son marionetas involuntarias de las fuerzas intelectuales que han estado socavando la base de una sociedad libre en las últimas décadas.”³⁸

Efectivamente, como se puede ver, Friedman expresa una gran desconfianza sobre el consumo ético al afirmar que lo que quieren los activistas es que sean los propios accionistas quienes exijan a otros accionistas, clientes o empleados, que

36 Wallerstein afirma que este tipo de enlace intraempresarial ya existía en los siglos XVI y XVII para productos básicos como el grano de harina. Véase Wallerstein, I., (2000) 'Introduction to Special Issue on Commodity Chains in the World Economy, 1590 to 1790', *Review* 23, no. 1.

37 Véase Harvey, D., (2012) *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Akal, Madrid, y Harvey, D., (2014), *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Traficantes de sueños, Madrid.

38 Véase Friedman, M., The Social Responsibility of Business Is to Increase Its Profits, *The New York Times Magazine*, 13 September 1970. <https://www.nytimes.com/1970/09/13/archives/a-friedman-doctrine-the-social-responsibility-of-business-is-to.html> (recuperado 06-09-2021).

contribuyan en contra de su voluntad a causas sociales. Y que en la medida en que ello tenga éxito lo que se está haciendo es imponer impuestos y gastar ingresos.

De lo que parece no darse cuenta Friedman es de que aunque el objetivo de las empresas es obtener beneficios, nada impide que los consumidores, además del precio y la calidad, incluyan valores éticos y políticos en su toma de decisiones. Si ello es así, serán finalmente los productores los que, en interés propio, acaben asumiendo los cambios de modelo de negocio. Pues como afirma Luisa Leonini, el consumo también puede ser un acto éticamente orientado a la bondad, a la solidaridad, a la defensa de los derechos humanos y a la ecología.³⁹

4.- GLOBALIZACIÓN

Aunque las fronteras nacionales parecen ser cada vez más irrelevantes, un cierto tipo de tribalismo sigue emergiendo como respuesta a las desigualdades que provoca la globalización. Esta contradicción resulta de una falta de gobernanza, entendiéndose alcance de poder y autoridad, incapaz de regular y dirigir de forma beneficiosa la realidad.

4.1.- *Definición y crítica*

Una cuestión importante a destacar, es que si bien las definiciones de globalización son numerosas y matizadas, de todas ellas se desprende la conciencia de que el mundo es, en sí mismo, un todo interdependiente. Aun así, hay autores, como el propio Alan Touraine, que de forma provocadora ha llegado a afirmar que “la globalización no existe” (2011: 30). Pues, para dicho autor, aunque no se pueda obviar el aumento de los intercambios comerciales y financieros entre países, ni tampoco la hegemonía cultural y militar norteamericana tras la caída del Imperio Soviético y el muro de Berlín, o si se prefiere, el cambio de la sociedad industrial a la posindustrial, o de la sociedad de la energía a la sociedad de la información, lo cierto es que globalización no deja de ser un fenómeno ideológico más que un fenómeno económico y social.⁴⁰ Pues, lo que realmente adquiere significado, más allá de la relación, o no, entre las diferentes dimensiones, es que el capital financiero se ha desvinculado de la economía real y que, por tanto, una masa de capitales circula sin registro alguno.

39 Véase Leonini, L. y Sassatelli, R. (2008), *Il consumo critico*, Editori Laterza, Roma-Bari.

40 Véase Touraine, A. (2001) El fin de la ola liberal, en *Desigualdad y globalización. Cinco conferencias*, Manantial, Buenos Aires. pp. 29-42.

En este sentido, Touraine recuerda que si bien el capitalismo, del cual deriva la globalización,

“es el proceso de autonomización o de independización del mundo económico, del sistema económico en relación con el resto de la sociedad y, en la mayoría de los casos, el esfuerzo de este sistema para imponer sus criterios a los demás sistemas, como por ejemplo la educación, la política, etcétera” (2001: 32),

sus perversos efectos se conocen cada vez mejor a medida que la desigualdad, la exclusión y la crisis van en aumento. De ahí que las fronteras nacionales pierdan relevancia mientras surgen formas de tribalismo como respuesta. Una contradicción que resulta de la debilidad de gobernanza de las instituciones públicas, entiéndase alcance de poder y autoridad, al verse incapaces de regular y dirigir de forma beneficiosa la realidad.

En una línea contraria a Touraine, Octavio Ianni afirma que la globalización “es un proceso histórico-social de vastas proporciones, que sacude más o menos drásticamente los marcos mentales y sociales de referencia de individuos y colectividades” (2001: 85)

Para este autor, aunque la mayoría de las definiciones no se distinguen por su originalidad, sí que permiten evidenciar la novedad del fenómeno y los enigmas que plantea para las ciencias sociales. Como por ejemplo, el cambio de objeto, al revelarse simultáneamente mundial, nacional, regional y local, sin olvidar lo tribal; la necesidad de una reelaboración de conceptos; la orientación multidisciplinar; la aplicación de un método comparativo; la mirada al pasado o el sujeto de conocimiento.

Desde un perspectiva más positiva que Touraine o Ianni, Anthony Giddens afirma que:

“la globalización no tiene que ver únicamente con el mercado económico, no tiene que ver únicamente con la liberación de los mercados. Se trata de un cambio en las instituciones mundiales. Está transformando nuestras vidas y, [...], transformando nuestras emociones así como también las grandes instituciones del mundo de la ciencia” (2001: 129)

Ahora bien, lo cierto es que más allá del énfasis por vincular el concepto con el desarrollo de las tecnologías de la información y de la comunicación y con la intensificación de las relaciones sociales entre localidades remotas, es con la economía con la que, finalmente, se le ha acabado asociando en mayor grado, debido al cambio de orientación hacia un sistema económico basado en un mercado global.⁴¹ Es decir, se le vincula con la transnacionalización de la producción y el con-

41 En la actualidad el vínculo se ha fortalecido debido a la pandemia del COVID-19. Con anterioridad, los diferentes agentes económicos mundiales se disputaban las mejores posiciones

siguiente aumento de la influencia de empresas multinacionales, las transacciones financieras internacionales y sus efectos más visibles, como es la homogeneización del consumo mundial.

Las críticas a este fenómeno van aumentando, como decíamos, a medida que se acumulan las denuncias por la explotación de mano de obra en países pobres; por la degradación del medio ambiente; por la inestabilidad social que produce el forzar a las instituciones políticas nacionales a asumir cambios económicos que escapan a su control, por la imposición cultural que llevan a cabo ciertas corporaciones occidentales. En resumen, a pesar de que hay voces que afirman que es crucial no verla como un fenómeno negativo, las críticas arrecian por la desigualdad en los procesos y los efectos.

4.2.- Economía mundial

La revolución tecnológica que ha tenido lugar en las últimas cuatro décadas ha estado, y está ahora más que nunca, en la lógica capitalista. Todos los países del mundo están conectados a esa economía basada en la información, las redes y la globalización.⁴² Así, mientras las materias primas y la producción han ido perdiendo valor, la capacidad de procesamiento de información y de generación de conocimiento han ido al alza, como demuestran los mercados financieros. Ello ha tenido, y tiene, consecuencias de inequidad a escala mundial, dado que las infraestructuras tecnológicas, la información y el conocimiento siguen estando desigualmente distribuidas. En este contexto, las organizaciones y empresas se ven obligadas a funcionar a través de relaciones internas a partir de proyectos en común, lejos del modelo *fordista* y las economías de escala. La productividad y los beneficios dependen de la capacidad de información y de la adaptación constante a un mercado de personas solventes. De ahí que aunque el capital esté centralizado, la producción haya de flexibilizarse para poder satisfacer una demanda en constante transformación. La principal consecuencia de ello es la concentración de un gran número de pequeñas y medianas empresas en unos pocos oligopolios.

ante la digitalización de las economías. Hoy, la competición entre China y Estados Unidos se ha transformado en una guerra comercial que ha acabado en crisis para la Organización Mundial del Comercio. De hecho, no son pocos los expertos que opinan que hay que volver a la producción local por falta de suministros mientras China pide formar parte del Acuerdo Transpacífico de Cooperación firmado en 2016. Véase Los países del G-7 ganarán hasta 230.000 millones al año si repatrian la producción en *La Vanguardia*, Piergiorgio, M. Sandri, <https://www.lavanguardia.com/economia/20210920/7732454/paises-g-7-ganaran-230-000-millones-ano-repatrian-produccion.html> (recuperado 20-09-2021)

42 Véase Castells, M. (2000) Globalización, sociedad y política en la era de la información, en *Bitácora Urbano Territorial*, 4(1), pp. 42-53. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/bitacora/article/view/18812> (Recuperado el 20-09-2021).

Contrariamente a Touraine, Castells afirma que la globalización no es una ideología sino un proceso histórico, económico, social y cultural. Y que el vínculo entre capitalismo y globalización no es un *nudo gordiano* imposible de deshacer porque, en realidad, hay muy poco empleo global. Lo que está globalizado, son cierto tipo de actividades estratégicamente centrales, como son las del mercado financiero, las del comercio o las de los medios de comunicación.

Justamente, la expansión de los mercados financieros allanada por la desregulación y liberación de los mercados en todo el mundo en la década de los 80, fue una decisión política y no económico-tecnológica que impusieron países como Estados Unidos y Gran Bretaña, con catastróficas consecuencias para amplias zonas del mundo, al mezclar valores de presente con valores de futuro y crear productos sintéticos financieros. El resultado de ello fue la consolidación de una economía global criminal que mueve a día de hoy ingentes sumas de dinero con la prostitución, la droga o las armas.

Queda claro, pues, que desde la perspectiva económica, el proceso de globalización puede llegar a arruinar y destruir las industrias locales de una región, o un país, si no puede hacer frente a las innovaciones de productores más avezados en un sector determinado. En este sentido, si bien es cierto que un proceder *darwinista* de la economía globalizada facilita en el mercado la aparición constante de productos mejorados, también lo es que genera ganadores y perdedores que no siempre son personas solas. A veces, son territorios y comunidades enteras.

Efectivamente, que la globalización permita la rápida fluctuación de capital de un lugar a otro acaba perjudicando a los trabajadores porque las personas no pueden desplazarse con la misma premura. De ahí que ciertas regiones y países se encuentren hoy en un acelerado proceso de deterioro que les obliga, aunque no en todos los casos, a establecer vínculos económicos con la economía criminal. Aunque a decir verdad, no solo los países del sur se deterioran. En el norte, la inseguridad laboral y las desigualdades también son aprovechadas por demagogos y populistas para dar soluciones xenófobas y proteccionistas con las que contribuyen a la creación de conflictos entre Estados.

Como advierte Robert Castel,⁴³ dado que, por un lado, los procesos de precarización golpean de forma transversal, aunque desigual, a todas las categorías socio-profesionales, y por otro, la desigualdad ante el riesgo de precarización y desempleo afecta a cada categoría introduciendo una suerte de disparidad entre pares, la solidaridad en cada categoría socio-profesional queda arruinada.

43 Véase Castel, R. (2001) Empleo, exclusión y las nuevas cuestiones sociales, en *Desigualdad y globalización. Cinco conferencias*, Manantial, Buenos Aires. pp. 15-23.

Las negociaciones colectivas se debilitan. Siendo ello una dimensión importante de los procesos de individualización del trabajo de la sociedad moderna que también ha utilizado el neoliberalismo.

4.3.- *Conflictos*

Desde que la globalización neoliberal se impuso como forma de organizar el mundo, los Estados nación han ido perdiendo legitimidad para representar a sus ciudadanos, porque han dejado de controlar la economía, los medios de comunicación, la información y las redes criminales. Su incapacidad para restablecer equilibrios entre recursos y gastos les ha forzado, cada vez más, a recurrir al endeudamiento en los mercados internacionales de capitales. Lo cual, no solo limita el desarrollo de sus políticas económicas nacionales, sino que les obliga a una coexistencia multiinstitucional. En otras palabras, les obliga a una pérdida de soberanía que, en aquellos casos en los que intenta recuperarla mediante medidas coercitivas, provoca una reacción violenta por parte de la ciudadanía, porque las percibe como contrarias a la libertad de acceso a la información, la cultura y la tecnología.⁴⁴ Esto obliga a tener que admitir que el mayor problema de los Estados nación que se integran profundamente a la nueva economía, no es otro que el de intentar mantener su soberanía mientras limitan la democracia y obvian las molestias económicas y sociales que genera la globalización.

La solución para algunos de estos Estados nación ha sido, por un lado, la de unirse a otros Estados nación para hacer frente a los problemas de carácter internacional, y por otro, implementar políticas de descentralización autonómica y local para hacer frente a los problemas cotidianos y de identidad. Vemos, pues, que el Estado nación no desaparece, dado que en él confluyen los intereses de las clases políticas nacionales y los mecanismos de control social y de democracia política que disponen los ciudadanos, sino que su contenido y función se transforma y ajusta a una nueva realidad según la posición que ocupe en la jerarquía mundial de Estados. Pues, como es sabido, hay Estados subordinados a los poderes económicos y a las instituciones internacionales que les apoyan, y hay Estados con intereses imperialistas que forman parte de la lógica global.

A todo esto, debe hacerse mención que cuando se habla de globalización, las imágenes tópicas que surgen son la de la movilidad, la comunicación y la neutralización de las distancias y territorios, desapareciendo los lugares y procesos con-

44 Véase Castells, M. (1997) ¿Fin del Estado nación? en *El País*, https://elpais.com/diario/1997/10/26/opinion/877816803_850215.html (recuperado el 20-09-2001).

cretos desde donde se genera todo ello. Saskia Sassen⁴⁵ sugiere, por contra, que es importante recuperar las categorías de lugar y proceso de producción

“Porque dichas categorías permiten observar la multiplicidad de economías y culturas de trabajo donde se inserta el sistema económico global, así como también recuperar los procesos concretos y localizados que materializan la globalización y afirmar que el multiculturalismo de las grandes urbes forma parte de ese fenómeno tanto como el mercado financiero internacional” (2010: 126)

Lo que esta autora afirma, es que, precisamente, es en las grandes ciudades donde la globalización adquiere un carácter concreto y localizado. Es en ellas donde se generan múltiples conflictos y contradicciones, porque, por un lado, se concentra el poder empresarial y la sobrevaloración de las corporaciones, y por otro, se concentra un número desproporcionado de habitantes subvalorados en situación de desventaja. Un contexto en el que a medida que la transnacionalización de la economía crece, también lo hace la presencia política de los habitantes marginados.

En este sentido, analizar las condiciones sociales que facilitan, o impulsan, la inmigración, son de suma importancia para comprender la nueva realidad. Así, en primer lugar, cabe destacar que existen situaciones estructurales que son efecto de los lazos económicos creados por la internacionalización económica de los vínculos coloniales y neocoloniales, también por la globalización, así como por el imaginario colectivo que promueve la industria del entretenimiento. En un segundo lugar, cabe destacar la contratación de mano de obra extranjera a través de gobiernos, empresarios o redes internacionales de inmigrantes. Y en tercer lugar, también cabe destacar, el trágico tráfico organizado de hombres, mujeres y niños. Todo lo cual, no sería posible si no existiera una gran configuración sistémica en cuyo interior se hallan los países receptores y los países emisores de seres humanos.

Como resultado de todo ello, diremos que han aparecido tres nuevas clases sociales globales con diferentes grados de inserción nacional. Una de ellas, la de las élites transnacionales, conformada por profesionales, gerentes, ejecutivos y personal técnico, y que no mantiene relación alguna con la propiedad de los medios de producción, se caracteriza por su movilidad. Son profesionales con una extensa red de contactos personales de la que sustraen una valiosa información que ofrecen a empresas e inversores. Otra de las nuevas clases globales, la segunda, la forman los funcionarios públicos que, en representación de sus respectivos ministerios u organismos nacionales, se ponen al servicio de una poderosa red de organismos internacionales. Entiéndase OMC, FMI, OTAN o OCDE. Se encargan de tareas

45 Para profundizar sobre el tema véase Sassen, S. (2010) *Una sociología de la globalización*, Katz, Madrid.

fundamentales para el desarrollo de la economía global corporativa. Finalmente, la tercera nueva clase social global la configuran los desfavorecidos. Una variedad de individuos, sectores demográficos y organizaciones sin poder, con escasos recursos y sin documentación adecuada, que no solo se ven marginados de la política formal, sino que se ven impedidos de movilidad. A pesar de ello, como las demás nuevas clases, también forma parte de ciertas formas específicas de globalización, bien sea objetiva o subjetivamente.

Las diferencias observadas entre las tres nuevas clases globales refuerzan la tesis de que la principal consecuencia del proceso de globalización es el incremento de la desigualdad, la exclusión y la polarización de la pobreza. Ello es debido, por un lado, a la diferencia de acceso a las tecnologías que producen conocimiento, es decir riqueza, entre personas de una misma sociedad y regiones o Estados. Por otro, dado que al sistema que estructura el proceso de globalización solo puede conectarse quien genera beneficio, los que entran en crisis, o no funcionan, acaban por desconectarse. Lo cual genera unos efectos en cadena a medida que personas, empresas y regiones se se van paralizando. De ello podemos inferir, que cualquier conflicto, bien sea cultural, de identidad o económico, suele presentarse, al menos en la práctica, interrelacionado. Por ello, debe ser abordado de forma conjunta si lo que se pretende es evitar una mayor incidencia e intensidad del mismo. Ahora bien, en las sociedades posmodernas, caracterizadas por la reflexividad que proporcionan los medios de comunicación, la confianza en los expertos propia de la modernidad ha disminuido.⁴⁶ Hoy, más que ayer, los ciudadanos sienten la necesidad de desarrollar y expresar individualmente sus propias dudas frente a todo tipo de autoridad, sea esta local, nacional, internacional o global. Y como consecuencia de ello, la crisis de autoridad se expande a medida que los medios de comunicación y las personas traspasan fronteras.

Con este análisis, se podría llegar a deducir que los ciudadanos del siglo XXI son ahora menos dóciles, o quizá más exigentes, frente a las políticas públicas deficientes. Pero también cabe la posibilidad de que un exceso de información acompañado de intensivas campañas de publicidad apoyando los valores afines a una determinada ideología de mercado acaben por confundirlos y aturdirlos. En otras

46 Si bien Manuel Castells reconoce que el objeto de la investigación a veces corre más de prisa que las posibilidades analíticas, véase Castells, M. (2000) Globalización, sociedad y política en la era de la información, en *Bitácora Urbano Territorial*, 4(1), pp. 42-53. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/bitacora/article/view/18812> (Recuperado el 20-09-2021), Anthony Giddens afirma que, debido a ello, ya no se puede dejar en manos de los expertos decisiones sobre problemas urgentes, como es el ecológico, que afectan a todo el planeta, aunque ello suponga tener que soportar una ansiedad en nuestra vida diaria. Véase Giddens, A. (2001) Ciencias sociales y globalización, en *Desigualdad y globalización. Cinco conferencias*, Manantial, Buenos Aires. pp. 127-140.

palabras, aunque asumamos que la globalización genera homogeneización, en un sentido u otro, el desarrollo de las conciencias a través de los medios de comunicación puede incidir, voluntaria o involuntariamente, en un tipo de heterogeneidad que se base solo en distinciones de raza, religión, etnia, etc. De hecho, muchos de los conflictos actuales se producen dentro de los Estados más que entre Estados, debido a que la globalización exporta, a parte de mercancías, valores liberales occidentales como si fueran valores universales de fácil asimilación. Frente a este imperialismo de los derechos humanos, a veces se reafirman los valores comunitarios, como está ocurriendo actualmente en ciertas partes del mundo islámico, dado que lo que se percibe, es una pérdida de control sobre los mitos, los símbolos y las sociedades que les son propias. Ello, como no puede ser de otro modo, desencadena efectos contrarios a los esperados en forma de guerras, sanciones, embargos, refugiados, etc., aparte de una radicalización ideológica.⁴⁷

5.- A modo de conclusión

La consecuencia principal del giro epistemológico que ha tenido lugar últimamente en los estudios para la paz es la de asumir la existencia de paces imperfectas debido a la multiplicidad de realidades y experiencias involucradas en dichos procesos⁴⁸. Ello implica aceptar que la complejidad no es solo un medio sino un marco teórico desde el que reconocer la fragilidad y los equilibrios dinámicos como alternativa vital, y que cualquier planteamiento intelectual está supeditado a la situación geopolítica, la historia y el entorno cultural. Justamente, la realidad enseña que muchos de los objetivos pretendidos, al menos los anunciados, no solo no se han conseguido sino que incluso se ha hecho más daño del que se pretendía evitar.

Son las características de interrelación, interdependencia y terrenalidad del ser humano las que han permitido descubrir la alteridad, del otro, de la otra, de la naturaleza, y su propia fragilidad y dependencia. Lo cual puede generar estados de miedo y de defensa que acarrear voluntades de dominio, convirtiendo a la alteridad en enemiga. Estos actos suelen acabar por institucionalizarse como culturas de guerra. Sin embargo, dado que el ser humano tiene capacidades y competencias

47 Según los datos recopilados por el Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), el año pasado Asia y Oceanía invirtieron 528.000 millones de dólares (unos 450.187 millones de euros) en dotación para sus ejércitos. Véase Vidal Liy, M. (2021) Más munición en una Asia que se rearma, en *El País*, (recuperado 18-09-2021).

48 Para profundizar sobre este tema véase el capítulo Paces imperfectas. Ante un mundo diverso y plural de Jiménez Arenas, J.M., Comins Mingol, I. et alrri, pp. 59-120, en *Filosofías y praxis de la paz* (2013), Icaria, Barcelona.

para crear enemigos, hacer la guerra, generar marginación, miseria y exclusión, también tiene capacidades y competencias para disfrutar de la alteridad y la diferencia asumiendo su propia fragilidad en interrelación con los demás. En este sentido, al igual que las palabras que conllevan una acción, el trato a los demás y a la naturaleza configuran, realizan y performan al ser humano, permitiendo reconocerse a sí mismo como un ser competente y capaz de múltiples relaciones que, además de la guerra o la marginación, incluyen la ternura y la justicia. Pues, dichas acciones siempre están expuestas al sentir de los demás.

Así, desde el actual paradigma epistemológico, para el estudio de la paz es imprescindible no solo analizar la dimensión afectiva y emocional del individuo, también es necesario analizar la dimensión social, institucional y política, además de la terrenal o ecológica. Pues las paces imperfectas, producto de las diversas formas, capacidades y competencias, responden a procesos abiertos, complejos y dinámicos sometidos a interpelación constante, en los que la neutralidad y la objetividad han dado paso al compromiso con valores. Dicho giro consiste en saber hacer las paces asumiendo la intersubjetividad y la participación. Pues son los valores de cada persona y cultura los que se han de poner en juego performativa y dinámicamente para lograr incrementar las capacidades de cada persona y colectivo para afrontar conflictos por medios pacíficos. En este sentido, el poder deja de ostentarlo quien tiene el uso legítimo de la violencia. Ahora lo concentra quien tiene mayor capacidad para concertar comunicación. De ahí la necesidad de instituciones que afronten las desigualdades globales pero también formas de gobernanza local que impartan justicia y potencien la autoestima.

Efectivamente, como indican Josep M. Colomer y Ashley L. Beale, la insatisfacción popular con el funcionamiento de las actuales democracias, así como la desconfianza en las instituciones, deriva de que muchos gobiernos han perdido su capacidad para gobernar eficazmente. El amplio tráfico de información, de migraciones masivas, de inversiones de capital y comercio transfronterizo dirigidos por corporaciones y plataformas tecnológicas escapa a las regulaciones e impuestos estatales. De ahí que los estados tradicionales con soberanía exclusiva no puedan funcionar correctamente porque no se ajustan a la interdependencia. Una buena gobernanza, según los autores, requeriría de “un conjunto renovado de instituciones en los niveles local, nacional, continental y global” (2021: 9) que permitiera más eficacia, representatividad, responsabilidad y eficiencia.

Los cambios económicos y sociales casi han acabado por escindir las clases medias en países occidentales generando un alto grado de polarización e indignación que algunos gobernantes tratan de sofocar recurriendo al “miedo a amenazas externas, ya sean enemigos, competidores o inmigrantes, junto con la sospecha de que el cambio puede ser para peor” (2021: 11) La solución propuesta es una clara

división de tareas entre los gobiernos locales, nacionales, continentales y globales que fomente la cooperación multipartidista e interterritorial y producir políticas de consenso.

Como vemos, la propuesta de Colomer y Beale no se aleja en demasía de la de Ulrich Beck cuando este afirma que “la sociedad cosmopolita necesita nuevas instituciones para garantizar y regular la convivencia de una civilización interdependiente que se ha puesto a sí misma en peligro” (2005: 182). Ahora bien, Beck profundiza en si la responsabilidad cosmopolita, la que no acaba en las fronteras nacionales, puede estar produciendo nuevos conflictos bélicos, ya que frente a un cosmopolitismo empírico-analítico siempre ampliable y discutible, existe un cosmopolitismo normativo-político regido por un concepto de verdad incómodo, dado que si el objetivo es asegurar la paz, lo que se produce precisamente es lo contrario: la legitimación y legalización de guerras que carecen no solo de fronteras espaciales y temporales sino también conceptuales, puesto que los conocidos binomios de guerra y paz, sociedad civil y estamento militar, enemigo y amigo, se difuminan. De manera que, para este autor, la desfronterización de la guerra es producto, por una parte, de la desmonopolización y privatización de la violencia organizada, entiéndase terroristas y señores de la guerra, y por otro, de la globalidad de los peligros y la conciencia de los derechos humanos. Es decir, de que los Estados se unen para impedirle a ponerle fin.

En este sentido, frente a lo que se conoce como *pax americana*, un modelo de política de seguridad mundial jerarquizado y desigual, Beck propone una alternativa que denomina *cosmópolis global* auspiciada por el principio de igualdad y cooperación. Ahora bien, con arreglo a esto, dicho autor advierte que si bien con la *pax americana* tiende a desaparecer la sociedad civil, con la *cosmópolis global* desaparece la política. Su respuesta a todo ello es un mayor sentido de la realidad cosmopolita. Lo cual quiere decir abogar por una “cosmopolitización de los recuerdos, de las biografías y de las ideas sobre la desigualdad y la justicia social” (2005: 223).

En definitiva, la cuestión prioritaria que se alza es cómo legitimar las intervenciones para proteger a poblaciones amenazadas sin situar la idea de la soberanía en el contexto de los deberes planteados por la responsabilidad⁴⁹. Como afirma Innerarity, “Un mundo de todos y de nadie es un mundo que ha de ser pensado y gobernado con unas categorías diferentes de las del Estado-nación” (2012: 12). Democracia, humanismo y justicia conducen a pasar de la soberanía a la responsabilidad. Las instituciones internacionales son fundamentales para solucionar ciertos problemas pero no son estructuralmente democráticas. Ahora bien, aunque

49 Véase Innerarity, D., (2012) La gobernanza global, de la soberanía a la responsabilidad, en Revista CIDOB d'Afers Internacionals, n° 100, p.11-23.

es cierto que no es aceptable que las élites de unos pocos países condicionen las políticas naciones de países terceros, dicha intromisión no siempre parece injusta. De hecho, un ideal de democracia basado completamente en un plebiscito permanente, sin intervención de terceros, y que solo mirara hacia el interior, nos abocaría a regresar a sociedades más simples en espacios limitados. Por ello, la legitimación funcional parece adquirir, cada vez más, una mayor importancia en relación con la representación territorial. En otras palabras, en opinión de Innerarity, “Las interdependencias económicas y sociales (muy especialmente en Europa) hacen que las decisiones de unos tengan efectos sobre otros de manera que la mutualización de los riesgos e incluso la intervención de otros debería ser entendida en el contexto de la propia responsabilidad democrática” (2012: 16). Por tanto, desde esta perspectiva queda legitimada la intervención en espacios que la soberanía pretende exclusivos.

Aunque es cierto que las relaciones internacionales están basadas en el interés y el cinismo de los países más poderosos, también lo es que el tratamiento estrictamente humanitario de las crisis y catástrofes no suelen ser eficaces cuando existen masacres y represiones de derechos elementales. De ahí el paso de la lógica de la neutralidad a la lógica de la responsabilidad. Así, si bien los derechos humanos han servido para construir soberanías estatales, hoy la condicionan y cuestionan porque pretenden salirse de su antiguo marco de acción. Poco a poco el referente político internacional que se erige y hace retroceder a la soberanía junto a sus intereses nacionales es la humanidad. De hecho, cada vez son más las intervenciones para hacer operativa la idea de humanidad frente a los intereses nacionales.

Como señalábamos con anterioridad, una situación estructural de injusticia desvela que la injusticia no puede reducirse a una persona o personas concretas a pesar de que se puedan incluir actuaciones personales injustas. Es decir, solo en un mundo interdependiente de comunidades más allá de los Estados puede justificar hablar de justicia global. Hay injusticias que se refieren a estructuras globales, como es el comercio, que requieren de intervenciones específicas a ese nivel.⁵⁰

50 Véase Young, I.,M. (2006) ‘Responsibility and Global Justice: A Social Connection Model’, *Social Philosophy and Policy*, 23, no. 1.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Th. W. (2013) La industria cultural. Ilustración como engaño de masas, en *Dialéctica de la Ilustración*, Obra completa, 3, pp. 133-181, Akal editores, Madrid.
- Baudelaire Ch. (2013) *El pintor de la vida moderna*, Taurus, Madrid.
- Bauman, Z. (2007) *Vida de consumo*, Fondo de cultura económica, Madrid.
- Bauman, Z. (2010) *Mundo consumo*, Paidós, Barcelona.
- Beck, U. (2005) *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, Paidós, Barcelona.
- Castel, R. (2001) Empleo, exclusión y las nuevas cuestiones sociales, en *Desigualdad y globalización. Cinco conferencias*, pp. 15-23. Manantial, Buenos Aires.
- Catalán, M. (2001) Una presentación de John Dewey en *Revista de Filosofía*, n° 22, pp.127-134.
- Colomer J. M. y Beale, A. L. (2021) *Democracia y globalización*, Anagrama, Barcelona.
- Comins Mingol, I. y Muñoz, F° A. (2013) *Filosofías y praxis de la paz*, Icaria, Barcelona.
- Cooper, D. E. (1968) Collective Responsibility, en *Philosophy* 43, no. 165, pp. 258-268.
- Cortina, A. (2002) *Por una ética del consumo*, Taurus, Madrid.
- Dewey, J. (1993) *La reconstrucción de la filosofía*, Planeta-Agostini, Barcelona.
- Dewey, J. (2004) *La opinión pública y sus problemas*, Ediciones Morata, Madrid.
- Dewey, J. (1952) *La busca de la certeza*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Enzensberger, H. M., (1974) *Elementos para una teoría de la medios de comunicación*, Anagrama, Barcelona.
- Erskine, T. (2014) Coalitions of the Willing and Responsibilities to Protect: Informal Associations, Enhanced Capacities, and Shared Moral Burdens, en *Ethics & International Affairs*, 28 (1), pp. 115-145.
- Featherstone, M. (2000) *Cultura de consumo y posmodernismo*, Amorrortu, Buenos Aires
- Friedman, M. (1999) *Consumers Boycotts*, Routledge, New York.
- Galbraith, J. K. (2014) *La sociedad opulenta*, Ariel, Barcelona.
- Giddens, A. (2001) Ciencias sociales y globalización, en *Desigualdad y globalización. Cinco conferencias*, pp. 127-140, Manantial, Buenos Aires.
- Harvey, D. (2004) *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Harvey, D. (2012) *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Akal, Madrid.
- Harvey, D. (2014) *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Traficantes de sueños, Madrid.
- Hunyadi, M. (2015) *La tiranía de los modos de vida*, Ediciones Cátedra, Madrid.
- Ianni, O. (2001) Las ciencias sociales y la modernidad-mundo, en *Desigualdad y globalización. Cinco conferencias*, pp. 81-118, Manantial, Buenos Aires.
- Innerarity, D. (2012) La gobernanza global, de la soberanía a la responsabilidad, en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n° 100, p.11-23.

- Jiménez Arenas, J.M., Comins Mingol, I. et altri, (2013) *Paces imperfectas. Ante un mundo diverso y plural*, en *Filosofías y praxis de la paz*, pp. 59-120, Icaria, Barcelona.
- Kagan, S. (2011) *Do I Make a Difference?* en *Philosophy & Public Affairs* 39, no. 2, pp. 105-141.
- Klein, N. (2008) *No Logo*, Labutxaca, Barcelona.
- Lawford-Smith, H. (2018) *Does Purchasing Make Consumers Complicit in Global Labour Injustice?* en *Res Publica*, vol. 24, pp. 319-338.
- Leonini, L. y Sassatelli, R. (2008) *El consumo crítico*, Editori Laterza, Roma-Bari.
- Lipovetsky, G. (2007) *La felicidad paradójica*, Anagrama, Barcelona.
- Mauss, M. (2012) *Ensayo sobre el don*, Katz editores, Madrid.
- Miller, D. (2001) *Distributing Responsibilities* en *The Journal of Political Philosophy: Volume 9, Number 4*.
- Morin, E. (1966) *La industria cultural en El espíritu del tiempo. Ensayo sobre la cultura de masas*, Ed. Taurus-Madrid.
- Nefsky, J. (2018) *Consumer Choice and Collective Impact*, en *Oxford Handbook of Food Ethics*, ed. Anne Barnhill, Mark Budolfson, and Tyler Doggett, Oxford: Oxford University Press, pp. 267-286.
- Sartori, G., (2018) *Homo videns. La sociedad teledirigida*, deBolsillo, Barcelona
- Sassen, S. (2010) *Una sociología de la globalización*, Katz, Madrid.
- Sennett, R. (2006) *La corrosión del carácter*, Anagrama, Barcelona.
- Severiano, M.F.V. (2005) *Narcisismo y publicidad*, Siglo XXI, Argentina.
- Touraine, A. (2001) *El fin de la ola liberal*, en *Desigualdad y globalización. Cinco conferencias*, pp. 29-42. Manantial, Buenos Aires.
- Tuomela, R. and Miller, K. (1988) *We-Intentions*, en *Philosophical Studies* 53, no. 3, pp. 367-389.
- Virno, P. (2003) *Gramática de la multitud*, Traficantes de sueños, Madrid.
- Verdú, V. (2007) *Yo y tú, objetos de lujo*, deBolsillo, Barcelona.
- Wallerstein, I. (2005) *Análisis del Sistema-Mundo*, Siglo XXI editores, México.
- Wallerstein, I. (2000) *Introduction to Special Issue on Commodity Chains in the World Economy, 1590 to 1790*, *Review* 23, no. 1.
- Wringe, B. (2014) *From Global Collective Obligations to Institutional Obligations*, *Midwest Studies In Philosophy* 38, no. 1.
- Young, I. M. (2006) *Responsibility and Global Justice: A Social Connection Model*, *Social Philosophy and Policy*, 23, no. 1.

WEBGRAFÍA

- Atlas de Justicia Ambiental en <https://ejatlas.org> (recuperado el 15-08-2021)
- Autesserre, S. (2014) *Peaceland: Conflict Resolution and the Everyday Politics of International Intervention. Problems of International Politics series*. New York: Cambridge University Press. Zalta (ed.), forthcoming URL = <<https://plato.stanford.edu/archives/fall2021/entries/markets/>>. (recuperado 06-09-2021)
- Bargués, P. (2021) Cuando la paz depende de los objetos cotidianos en *Revista de estudios de seguridad internacional*, Vol. 7 Núm. 1, <http://www.seguridadinternacional.es/resi/index.php/revista/article/view/346> (recuperado el 7-08-2021)
- Castells, M. (2000) Globalización, sociedad y política en la era de la información, en *Bitácora Urbano Territorial*, 4 (1), pp. 42-53, <https://revistas.unal.edu.co/index.php/bitacora/article/view/18812> (recuperado el 20-09-2021)
- Castells, M. (1997) ¿Fin del Estado nación? en *El País*, https://elpais.com/diario/1997/10/26/opinion/877816803_850215.html (recuperado el 20-09-2001)
- Friedman, M. (1970) The Social Responsibility of Business Is to Increase Its Profits en *The New York Times Magazine*, 13 September, <https://www.nytimes.com/1970/09/13/archives/a-friedman-doctrine-the-social-responsibility-of-business-is-to.html> (recuperado 06-09-2021)
- Galtung, J. (2017) La violencia: cultural, estructural y directa en *Cuadernos de Estrategia 183 Política y violencia: comprensión teórica y desarrollo en la acción colectiva*. https://www.ieee.es/Galerias/fichero/cuadernos/CE_183.pdf (recuperado el 20-09-2021)
- Garriga, J. (2008) Montilla insta a consumir en Navidad para así salvar puestos de trabajo, *El País*, https://elpais.com/diario/2008/11/27/catalunya/1227751644_850215.html (recuperado 01-09-2021)
- Herzog, L. (2021) Markets, *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Fall 2021 Edition), Edward N. Zalta (ed.), <https://plato.stanford.edu/archives/fall2021/entries/markets/> (recuperado 16-09-2021)
- Honneth, A. (1999) La democracia como cooperación reflexiva. John Dewey y la teoría de la democracia del presente, en *Estudios políticos*, nº 15, ISSN 0121-5167, ISSN-e 2462-8433, pp. 81-106 (recuperado 09-09-2021)
- Juncos A. E. & Joseph, J. (2020) Resilient Peace: Exploring the Theory and Practice of Resilience in Peacebuilding Interventions, *Journal of Intervention and Statebuilding*, 14:3, 289-302, DOI: 10.1080/17502977.2020.1745445 (recuperado 08-09-2021)
- ONU (2018) *Los recursos naturales causaron más del 40% de las guerras de los últimos sesenta años*, <https://news.un.org/es/story/2018/10/1443762> (recuperado el 15-08-2021)
- Piergiorgio, M. Sandri (2021) Los países del G-7 ganarán hasta 230.000 millones al año si repatrián la producción, en *La Vanguardia*, <https://www.lavanguardia.com/eco>

- nomia/20210920/7732454/ pais-es-g-7-ganaran-230-000-millones-ano-repatriacion-produccion.html (recuperado 20-09-2021)
- Randazzo, E. (2021) *The Local, the 'Indigenous' and the Limits of Rethinking Peacebuilding*, Journal of Intervention and Statebuilding, https://uhra.herts.ac.uk/bitstream/handle/2299/24210/JISB_Manuscript_Final_Version_with_author_details.pdf?sequence=1 (recuperado 08-09-2021)
- Raunig, G. (2008) *Modificar la gramática: los trabajos de Paolo Virno sobre el virtuosismo y el éxodo* (https://marceloexposito.net/pdf/trad_raunig_virnogramatica.pdf)
- Richeri, G. (2008) Nuevos desafíos para la investigación. Los medios de comunicación entre la empresa, el público y el Estado, n° 74 *Revista Telos* (<https://telos.fundacion-telefonica.com/telos/autorinvitadoimprimible.asp?idarticulo=2&rev=74.htm>)
- Señán, Gaspar Brändle (2010) *El consumo en tiempos de crisis: una aproximación sociológica a la distribución del gasto en España*. Aposta. Revista de Ciencias Sociales [en línea]. (45), 1-24. ISSN: Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=495950241001> (recuperado 02-09-2021)
- Smiley, Marion (2017) Collective Responsibility, *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Edward N. Zalta (ed.), URL = <<https://plato.stanford.edu/archives/sum2017/entries/collective-responsibility/>>. (recuperado 23-8-2021)
- UNCTAD (2020) *World Investment Report 2020*, https://unctad.org/system/files/official-document/wir2020_en.pdf (9-08-2021)
- Vidal Liy, M. (2021) Más munición en una Asia que se rearma, en *El País*, (recuperado 18-09-2021)